

Primera parte

¡Marx no es dios! Estás sentado sobre una vara amarilla dentro de una jaula, dos finas y largas piernas colgando y dos largos y atrofiados brazos pendiendo. Entre la difusa nube de humo aparecen y desaparecen tu desnudo cuerpo y tu desnuda cara, y la oscura sombra de los barrotes cubre tu cuerpo exactamente igual que una red, dándote la apariencia de un águila consumida por el hambre aunque todavía robusta y sana. Nos dices sin asomo de vergüenza: ¡Marx ya nos ha hecho pasar bastantes fatigas!

Sus palabras son una traición y nos hacen sentirnos aterrorizados. Alza levemente el cuello y un luminoso rayo se posa sobre su garganta haciéndonos dudar de si lo que pretende no será pasar su cabeza por el brillante y afilado cuchillo —la verdad es exactamente igual que yo, desnuda e impoluta—. Dice el refrán popular: «Decir la verdad es arruinar tu casa». Y también: «Es fácil decir la verdad, pero también cuesta escucharla». ¡Si no criticamos el marxismo vamos a pasar mucha hambre! ¡Si no criticamos el marxismo es que no somos marxistas! No nos interesan nada tus sandeces. ¿Es que no te das cuenta de que fuera de la jaula no paramos de bostezar? Un manojo de duras hojas de bambú negro se cuelga por los resquicios de los barrotes como un ejército de afilados cuchillos. Te tiramos tizas para que te las comas. Te lanzamos frutas para que te las comas. Lo de tirarte tizas no es más que una gamberrada,

porque ni siquiera eres capaz de comer fruta fresca, y eso nos indigna sobremanera. Hay muchos animales encerrados en incontables jaulas de numerosos zoos, mamíferos o reptiles, ninguno rechaza la fruta fresca. Pero tú no quieres comerla. Hábilmente atrapas las tizas que te lanzamos dentro. Abres la boca y enseñas tus dientes, negros como el carbón. Muerdes una tiza y a continuación cuentas una historia. Eres un narrador encerrado en una jaula. Masticas con lentitud y después nos miras fijamente con tus pupilas rojas como dos colillas de cigarrillo. Hablas sin parar.

Es lunes por la mañana y el profesor de Física del tercer grupo de la Escuela Secundaria Número Ocho de la municipalidad, Fang Fugui, está de pie sobre la tarima hablando de átomos, de la primera bomba nuclear hecha por la humanidad y de otras historias por el estilo. Los estudiantes lo escuchan embobados. Sobre la tarima hay una caja con tizas de colores, y, nos dices, su boca no deja de hablar y hablar, mientras sostiene en la mano una tiza con la que dibuja en la pizarra, con trazos curvos, como si estuviera tejiendo una jaula de metal con un alambre. Unas grandes gafas se asientan sobre su nariz, las patas de la montura pegadas con esparadrapo blanco. Es una buena persona. Nadie en la escuela, ni los de arriba ni los de abajo, dice que es mala gente. Su mujer es también buena persona, trabaja de vez en cuando en la fábrica de enlatado de carne de conejo que la escuela gestiona. Se encarga de «quitarles el abrigo y sacarles el sombrero» a los conejos. El profesor tiene dos hijos, un niño y una niña. El niño se llama Fang Long, la niña Fang Hu. Ambos tienen un rostro delicado y hermoso, son educados y listos, todo el mundo está de acuerdo en que son unos buenos niños —¡déjalos a un lado para que descansen un poco!—. Dices que Fang Fugui provoca que en el aula se alce una nube en forma de seta, y que los más de cincuenta estudiantes pongan los ojos en blanco y se les hinche la cabeza. Es un buen compañero de fatigas. Lo fue. Vemos de inmediato un lápiz de labios rojo pintorreando tu afectada boca.

«¡Cuando estalló la bomba atómica, hasta el acero se fundió, y la arena del desierto se convirtió en cristal!». Dice —nos dices— que las cabezas de los niños aparecen y se esconden entre el hongo atómico

que acaba de describirles: una cabeza, otra cabeza, otra más, tres caras, cinco caras, siete caras..., en sus cabezas se alzan, unas tras otras, setas como pequeñas llamas..., como esa arrogante alpaca que está en la jaula, a mi derecha... Se siente un poco aturdido, más aturdido incluso después de mover la cabeza. A estos niños se les está poniendo una expresión extraña. ¿En qué estarán pensando? El sonido que produces al masticar la tiza se funde con el de la tiza moviéndose intrincadamente sobre la pizarra cuando cuentas tu historia, y eso nos produce una sensación grumosa en la boca. Dices: todos queréis ver. ¿Qué estáis pensando? ¿Nos pides que pensemos como piensa Fang Fugui?

Tal vez haya una decena de estudiantes que quieren ir a la universidad para graduarse, y después doctorarse, y luego entrar en una fábrica de bombas nucleares para producir bombas. Tal vez haya una docena de estudiantes que no piensan aprobar la universidad y que se ganarán la vida vendiendo gatos o palomas. Quizá una docena de estudiantes piensan en novelas de amor. De todas formas, no aprobarán la universidad, así que, puestos a romper el tarro de la esperanza, mejor destrozarlo por completo. Quizá una docena de estudiantes tienen el cerebro atontolinado, y aunque parezca que están mirando fijamente, en realidad hace rato que están dormidos. Al llegar al tercer año de secundaria es bastante común que no se duerma lo suficiente, dices. En ese momento aparece sobre la tarima algo inusual.

Subir a la tarima es como subir a un escenario, el rostro exultante y lleno de felicidad del brillante profesor de Física Fang Fugui. El enjuto rostro cubierto por una capa de tiza gris empieza, de repente, a sudar la gota gorda. Se le ponen los ojos en blanco y los labios amoratados. De su garganta surge un extraño grito y los dos brazos le tiemblan como un gallo aturdido agitando sus alas y cacareando. Los estudiantes están a punto de gritar: ¡cuidado! El profesor Fang estampa su cabeza contra la tarima, se tuerce las pantorrillas y se queda inmóvil como un trozo de madera podrida. Permanece así medio minuto, y entonces una bandada de gorriones golpea y rompe los cristales introduciéndose en el aula. Sus cabezas pierden la mayor parte del plumaje en el golpe, como ancianitos medio calvos, mientras revolotean por el aula y pían desordenadamente.

Los estudiantes están estupefactos. Se quedan así largo tiempo... Tu voz suena muy baja cuando hablas, y tu rostro muestra una expresión de extremo sufrimiento. Corremos hasta las cercanías del pabellón de la jirafa, recogemos un puñado de tizas de colores que hay esparcidas por el suelo y te las entregamos generosamente para que te las comas. Hay tantas cosas sabrosas en este mundo que rechazas comer, y sin embargo, ¿por qué quieres comer tizas? No conseguimos comprenderlo. Las masticas con avidez mientras un trocito de tiza se te escapa por entre dos dientes y se te queda pegado en la barbilla. Con la punta de la lengua lames el trocito de tiza que se te ha pegado en la barbilla y dices: la nube en forma de hongo que las palabras tan expresivas de Fang Fugui han entretejido se deshace en jirones en el aire. Todo el mundo cree estar soñando. Algunos de los estudiantes sentados cerca de la tarima se levantan, estiran el cuello y con las dos manos se cubren el rostro por el miedo a que los gorriones calvos les picoteen los ojos. Miran al profesor Fang por entre los dedos. El cuerpo del profesor Fang se retuerce, tumbado boca abajo, sobre la tarima.

—Profesor Fang, ¿se ha quedado usted dormido?

Otros estudiantes se ponen en pie y estiran sus cuellos para mirar hacia delante. Estamos fuera de la jaula estirando nuestros cuellos para verte.

Una audaz estudiante abandona su asiento y se acerca a la tarima. Se agacha, mira con detenimiento, lanza un extraño grito y a continuación anuncia:

—¡Compañeros, el profesor Fang ha muerto!

Los gorriones salen volando estrepitosamente del aula. El aire se llena del polvo que han barrido de las vigas, penetra en las narices de los estudiantes y los estornudos se convierten en disparos ininterrumpidos.

¿Eres una persona o eres una bestia? Si eres una persona, ¿por qué estás dentro de una jaula? Si eres una bestia, ¿por qué hablas el lenguaje de las personas? Si eres una persona, ¿por qué comes tiza?

¡El profesor Fang ha muerto! Una inmensa melancolía se instala en la Escuela Secundaria Número Ocho. Incluso los chopos plateados que bordean el camino están destrozados. Agitan sus hojas uno tras otro, produciendo un sonido que escuchado a lo lejos suena como un llanto claro y agudo. Los dirigentes de la escuela están preocupados por esa muerte y han llamado por teléfono al Buró de Educación de la ciudad. Como mañana es el Día del Profesor, los jefes del Buró de Educación también conceden gran importancia al hecho. Han llamado por teléfono al gobierno de la municipalidad, y el alcalde también está preocupado. Este ha dicho por teléfono, mientras se sonaba los mocos, que está muy apenado.

El rostro del profesor Fang ha quedado destrozado por el golpe, y además los gorriones le han picoteado la cara dejándole mil señales y heridas. Lo han enviado a la morgue y han tenido que llamar a una maquilladora¹ especialmente cualificada, Li Yuchan, para que le reconstruya el rostro. Cuando Li Yuchan ve el desfigurado rostro del profesor Fang siente una gran tristeza, porque su marido, Zhang Chiqui, es también profesor de Física de la Escuela Secundaria Número Ocho, compañero del profesor Fang, y las dos

1. También podría traducirse como tanatoesteticista o tanatopráctico: profesional cuyo trabajo consiste en la higiene, conservación, restauración, reconstrucción y cuidado estético de los cadáveres. También se le conoce como «maquillador de muertos» [*N. del T.*].

familias viven en el mismo bloque de edificios, separadas solo por una pared. En realidad se ven todos los días. Lo más sorprendente es que el profesor Fang y Zhang Chiqui tienen rostros muy parecidos. El señor Wang, el tipo que trabaja de conserje en la entrada de la escuela, el que se ocupa de repartir los periódicos y hacer sonar la campana, ha convivido con ellos varios decenios, y a menudo se dirige a Zhang Chiqui diciendo: «¡Profesor Fang, tiene usted una carta certificada!».

¡El profesor Fang ha muerto! Todos sus colegas están abatidos, como si hubieran contraído una grave enfermedad.

A nosotros no nos interesan los asuntos de la escuela. Lo que nosotros queremos saber es quién te ha metido en la jaula y quién te ha echado tizas para comer. ¿Acaso tenías lombrices en el intestino?

¡No interrumpas!

Entonces es que tienes parásitos².

¡No interrumpas!

Entonces, ¿lo que tú quieres ver otra vez es quién te ha metido en la jaula?

¡No interrumpas!

¿Es que has entrado en esta jaula voluntariamente? Hemos oído que en América ya sucedió una cosa parecida: dicen que era un filósofo al que un día, de repente, se le ocurrió que sin humanos los zoos estaban incompletos. Así que escribió una carta a un director de un zoo diciéndole que, de manera totalmente voluntaria, quería exponerse en su zoo. Le prepararon una jaula con un rótulo fuera que decía: «Persona, primate, animal mamífero, se desarrolla en cualquier lugar del mundo, se subdivide en blancos, amarillos, negros, rojos..., el expuesto aquí es un híbrido de blanco y rojo...».

No interrumpas, ¿vale? Nos miras enojado abriendo exageradamente los ojos, hasta ese momento entornados. Nos asustas, y después vuelves a entornarlos y continúas con tu narración. Cuentas

2. En el original, 钩虫 (*gouchong*), *Ancylostoma duodenale*, una especie parásita que se aloja normalmente en el intestino provocando anemia [*N. del T.*].

que el director de la escuela le dice al profesor Zhang Chiqui: tienes que hacerte cargo de la clase del profesor Fang. El profesor Fang ha muerto, pero la física no puede morir, ni tampoco pueden pararse las clases.

Ha pasado mucho tiempo, pero difícilmente podemos olvidar esa escena: él tumbado boca abajo dentro de la jaula, comiendo tiza y contándonos una historia mientras los trocitos de tiza de color se le escapan uno tras otro por entre su deteriorada dentadura. Se le quedan pegados en la barbilla, caen sobre la barra metálica y sobre el suelo moteado de óxido de la jaula de metal. Sus extremidades cuelgan indolentes de la barra, como atravesadas mortalmente por una afilada flecha sobre un carro de combate, como un guerrero encarado a la escalera para trepar por un muro. En aquellos momentos, él no hacía nada para acallar nuestra imaginación, solo nos contaba su historia.

Es miércoles por la noche, el profesor de Física del tercer grupo de la Escuela Secundaria Número Ocho, Zhang Chiqiu, está en casa dando rienda suelta a su adicción al tabaco. Dice que ya puedes buscar donde quieras que no vas a encontrar ni siquiera una colilla. La adicción al tabaco es como un gusano de mil patas que te araña el corazón. Vas al cuartucho que hay junto a la cocina. En ese pequeño espacio hay una cama empotrada y sobre ella está tumbada tu suegra. No puede hablar desde lo de la parálisis. Tiene la mitad del cuerpo paralizado y a menudo profiere gritos muy extraños. Cuando la gente contrae una enfermedad maligna se vuelve insensible e irracional. Sus ojos son escurridizos como un pez de las profundidades.

Le sonríes y sales del cuartucho. La gorra de tela azul se te descuelga con la misma cadencia con la que se despeña una cascada. Fui un estrecho camarada de armas de Fang Fugui. Fui un estrecho camarada de armas de Zhang Chiqui. Fui un estrecho camarada de armas de todos los profesores de la Escuela Secundaria Número Ocho, dices sin atisbo de vergüenza, abultando ufano tu barriga.

Sobre la mesa hay una pila enorme de exámenes. Eliges uno del montón y alzas el lápiz rojo dispuesto a corregirlo. Los caracteres sobre el papel son curvos, como una nube de humo, como el alambre que sirve para entretejer una jaula.

La mesa de tres cajones tiene uno cerrado porque hay dinero dentro. Lo único que deseas es coger el dinero, salir por la puerta y doblar hacia el este saltando por encima de esa zanja llena de moscas y mosquitos que desde hace años acumula agua sucia —esa zanja de agua sucia que desde hace años da vida a moscas y mosquitos y desprende un olor que asalta el olfato—. Es difícil saber si huele bien o si apesta, porque la hierba verde crece abundante en las orillas y las flores rojas son realmente hermosas. Antes de saltarla hay que tomar unos pasos en carrerilla para aumentar la inercia. Es preferible saltarla en vez de pasar por el puente de madera podrida, porque hay que caminar cincuenta metros. Caminar cincuenta metros a velocidad rápida o a velocidad lenta ¿requiere el mismo gasto de energía y el mismo esfuerzo? En teoría sí: la diferencia está en el tiempo. El tiempo es oro, el tiempo es vida, por eso hay que moverse rápido. Nos dice: le he dicho a Zhang Chiqui que no importa, quieras o no ya estás de pie frente al mostrador de la tiendecilla. La dueña te recibe con una sonrisa, frotándose las manos con aceite de almendra. Hola, profesor Zhang, cuánto tiempo sin verle, está otra vez más delgado; las bravuconadas de tu mujer te ponen esa cara de desgraciado. ¿Por qué todos los maestros le tenéis miedo a la mujer? ¿Es porque ganáis poco? Seguro que sí, porque las mujeres solo son felices y sumisas si tienen dinero. Él piensa de qué color es la cara de la anciana. Blanca refulgente, como un abedul plateado. Frente al puestecillo de hojalata se extiende un bosque de sauces. La luz del sol es fuerte. El sonido de su voz es ronco, expresivo; siempre consigue que

los demás pensemos en cosas agradables. Después de un rato te das cuenta de que ella lleva colgado del pecho un pompón rojo y que viste una prenda de piel de conejo con el dibujo geométrico de un arco tensado a punto de disparar una flecha. Parece que la radio se ha estropeado. Profesor Zhang, ¿cuándo me va a ayudar a arreglar la televisión? Tiene los ojos arqueados como dos medias lunas, los labios rojos refulgen tras frotarse con el aceite como dos ramos de rosas... ¡Si aceptas ayudarme, te trataré bien! ¡Profesor Zhang, todos los hombres que han tratado conmigo han conseguido algo, ninguno ha perdido nada! Sientes un cierto temor ante esta mujer zalamera, tienes miedo de caer en una trampa sexual. ¿Qué quieres comprar? ¡Tabaco! ¿Qué marca? Yuniao³. El más barato, cuatro *maos* y siete *fen* un paquete. ¡Ya ha vuelto a subir! Meneas la cabeza. Ella saca un Dachongjiu⁴ y te lo tira. No lo quiero, es demasiado caro. Llévatelo a cuenta. Te mira fijamente, enfurecida. Dice, qué pena me das ahora, y qué energía tenías entonces. Tiembles imperceptiblemente, el regusto de la historia aflora en tu corazón.

... La vieja suegra hemipléjica y encamada parece que quiere orinar. Su voz es terrible, es como el aullido de un lobo. Cuando la escuchas, el corazón se desata aterrorizado.

Él dice que te llamas Zhang Chiqiu.

Nos dices que él se llama Zhang Chiqiu.

Todas estas cosas nos las dice colgado de la barra dentro de la jaula.

Todas estas cosas nos las dices colgado de la barra dentro de la jaula.

3. Significa «canario doméstico», *Serinus canaria domestica* [N. del T.].

4. 大重九 (*Dachongjiu*), literalmente: «doble nueve». Marca de tabaco producido en la provincia de Yunnan. Se empezó a producir en 1922 para celebrar la caída de la dinastía Qing y el triunfo de la revolución Xinhai [N. del T.].

Para escucharte contar historias, igual que haría un padre cariñoso, asumimos el riesgo de la hostilidad animal y te sacamos de la jaula donde está la alpaca con un mechón de rizado pelo blanco en la cabeza, unas cuantas tizas para alimentarte. Junto a la jaula de la alpaca hay un muro bajo y de él cuelga una pizarra en la que hay escritos unos cuantos caracteres torcidos:

Cien *jin*⁵ de salvado, diez fardos de caña de mijo, el *kiang*⁶ número tres se ha apareado con éxito con el que no tiene oreja.

En el saliente de madera de la pizarra hay un montón de tizas de colores, unas largas, otras cortas. Sientes algo profundo por las tizas, tanto que, cuando las ves, de tus ojos se proyectan rayos que desplazan a la gente. Tu nuez se mueve arriba y abajo y de tu boca se escapa un sonido diáfano al masticar la tiza. Al hacerlo, de tus ojos brotan turbias lágrimas que nos recuerdan a los cocodrilos del pabellón de los reptiles. Dices: un haz de luz amarilla penetra por el ventanuco de cristal. Hay seis profesores apretujados. La sala de los profesores de Física tiene doce metros cuadrados. Está repleta de polvo de

5. Medida de peso equivalente a unos quinientos gramos [*N. del T.*].

6. *Kiang*, *Equus hemionus*, una subespecie del asno salvaje asiático [*N. del T.*].

carbón y de cagarrutas y cadáveres de mosca pegados sobre la blanca pared: restos de sangre y costras secas de sus vísceras pegadas sobre el libro de texto del profesor Fang Fugui. En realidad, él no tiene que preparar nunca las clases, domina totalmente esos pocos conocimientos. Zhang Chiqui está sentado frente a Fang Fugui, sus rostros casi idénticos, como una pareja de gemelos sin apenas diferencias. Su mujer y la tuya se conocen bien. Daqiu y Xiaoqiu conocen bien a Fang Long y Fang Hu. Las dos familias están separadas tan solo por una pared, no crían pollos, ni perros, se escuchan unos a otros y de vez en cuando tienen contacto. Sol. La pared blanca está llena de restos de polvo y de moscas. ¿Dónde estás, amor? El joven profesor Xiao Guo, al que acaban de enviar desde la oficina del profesorado, mira fijamente la pared con los ojos muy abiertos y el verso brota como un hilillo de su boca: ¿dónde estás, amor?

La enorme tinaja para almacenar agua tiene un reluciente color rojo sangre. Puede contener hasta seis cubos de agua sin que la presión sobre las paredes de la tinaja logre romperla. Es una combinación de fuerza, presión e intensidad. Llegará un día en que se rompa, quizá por un golpe desde fuera. Fórmulas. El sol ilumina el agua de la tinaja y su sombra se mueve sobre el tablero de borlas. Cosas de la óptica. Fórmulas. Tiene que ver con el ángulo de incidencia del rayo y con su ángulo de reflexión. Los ojos de la física ven física por todos lados, los ojos de las matemáticas ven matemáticas por todos lados. Los ojos de un profesor de Física son de plástico, las orejas son de plástico, la boca es de plástico, los brazos son de plástico, las piernas son de plástico, suenan crac, crac, crac, crac cuando anda. El profesor de Lengua defeca caracteres, caga textos, y se limpia el culo con un periódico. Con el dinero que se ahorra en papel higiénico compra tabaco y salsa de soja, aunque haciendo eso se envenene el ano con plomo.

¿Por qué es necesario colocar una tinaja de colores dentro de la oficina? ¿Para evitar incendios? No, es porque nunca sale agua del grifo que hay en el segundo piso. El cuarto de agua potable está demasiado bajo y la presión no es suficiente. Esto es pura mecánica de fluidos, fórmulas. El profesor de Matemáticas, Yu Huahu,

aprovechó la oportunidad para ocupar el cuarto de agua potable, colgó en la puerta un papel con un carácter rojo de «felicidad» escrito en grande, arrastró a una muchacha dentro y prendió una ristra de petardos. Desde entonces el lavabo se convirtió en su cámara nupcial, la muchacha en novia y él en novio.

—Xiao Guo, ¿tienes los ojos rojos porque Xiao Yu se casa?

—No tengo categoría para buscar esposa. Con este salario escaso, apenas puedo mantenerme a mí mismo. Los precios suben, camaradas, los precios suben, camaradas, los precios suben, camaradas, ¡los precios son como un caballo salvaje, enloquecido, como un termómetro metido en agua hirviendo! ¡Mañana voy a presentar mi dimisión: me dedicaré a vender salsa de gambas!

—¡La gente se afana por no perder la cara! —dice Meng Xian-de, el más veterano de los profesores, respetado y noble, mesándose la barba. Fue el profesor de Fang Fugui, y Fang Fugui fue el profesor de Xiao Guo. Dice acariciando su barba de chivo—: En realidad, vender salsa de gambas no es mala cosa... En realidad... En realidad...

—¡En realidad! ¿Qué diablos «en realidad»? ¡Usted, erudito Meng! Me merezco absolutamente la desgracia de haber caído en su astuta conspiración. Si quiere informar a la escuela, pues informe. ¡Esta profesión de profesor, tarde o temprano, se convertirá en la admiración de mucha gente! Aprobé el examen de la Escuela Pedagógica y la mala suerte se me pegó al destino. Hubiera sido mejor no pasar el examen. Mira a Ma Hongxing, qué bien le va: abrió el restaurante Ma de pollo frito y hace ya mucho tiempo que se hizo rico. Yo tengo que estar penando un mes entero para conseguir sesenta y ocho yuanes y dos *maos*. Con eso Ma Hongxing no tiene ni para pasar un día...

A continuación los profesores abren la espita que taponaba el torrente de su descontento: se quejan atropelladamente del burocratismo, de los que roban impuestos, de los que no pagan impuestos, de los que sobornan, de los que reciben sobornos, de las invitaciones y los regalos, de las comilonas y las copas pagadas, de los intermediarios, de la pezuña de camello y la garra de oso, el cerebro de

mono, el nido de golondrina, todo aflora, salir en un Crown⁷, aire acondicionado, alfombras, alcohol adulterado, tabaco adulterado, el engaño de las falsas tiendas estatales, la explosión demográfica... ¡Dejad de discutir! Cortes de agua, cortes de electricidad, derrochadores de electricidad y de agua, ladrones de autopista, escasez de agua por los cortes de suministro, apagones por falta de electricidad... Habría que llamaros a todos vosotros derechistas... Como no hay agua para lavarse, los estudiantes que están de guardia no tienen energía, los lavabos parecen ciénagas de las que emana un olor nauseabundo que reverbera en el corredor mezclado con la suave brisa de la primavera. El mal olor se descompone y recompone a través de la física y de la química para terminar convertido en el olor de un gallo frito que entra sigilosamente en las aulas de los cursos superiores, de primero, de segundo, de tercero, se infiltra en la nueva sala de los profesores, nutre el alma de los estudiantes, alimenta los cuerpos de los profesores, y siembra un feto en el vientre de la esposa del profesor Yu.

—¡*Bua, bua...*!

—¿Quién llora?

—No lo soporto... Este maldito lugar huele a orín y a mierda por todos sitios...

—Es la novia del profesor Yu.

—¡Dicen que quiere divorciarse!

—¡Tan joven!

—¿Y qué tiene que ver que sea tan joven? ¿Es que si comes mierda no puedes decir que la mierda apesta?

—¡Si tiene narices que vaya a ver al director de la escuela!

—Si con ello pudiera terminar con el olor a mierda, incluso iría a ver al gobernador.

—¡Si fuéramos plantas sería mejor, tendríamos asegurado un crecimiento rápido!

Te tragas una bocanada de tiza y sigues hablando.

7. Toyota Crown, un modelo sedán que se empezó a fabricar en 1955. El primer vehículo de este modelo entró en China en abril de 1964 y desde entonces no ha dejado de importarse [*N. del T.*].

—Los profesores somos jardineros, los estudiantes son flores, brotes tiernos. ¿Es que acaso los jardineros temen al mal olor? ¿Acaso no les gusta el mal olor a las plantas y a los brotes?

—Ellos dicen, ¡vosotros los estudiantes graduados en la Escuela Secundaria Número Ocho tenéis letrinas hasta en el pelo!

—¡Qué maravilla!

Otro profesor entra de puntillas. Entre los profesores solo el pedante Meng se atreve a caminar por el corredor a grandes pasos, con botas altas para la lluvia. Xiao Guo dice:

—Pedante Meng, verdaderamente es usted un viejo y retorcido burro, un astuto conejo, un viejo halcón difícil de atrapar.

El pedante Meng no se enfada en absoluto.

—Xiao Guo —dice—, los jóvenes solo habláis de esfuerzo con la boca chica: menos hablar y más hacer, ese es el estilo de Lenin. Desde luego, nadie te compraría como mudo.

Estos dos, joven y viejo, se pasan los días enzarzados, aportando a esta sala de profesores una distracción infinita. Ahí lo dejo, de momento. Recordamos que al decir «ahí lo dejo» combas el cuerpo formando un arco con la espalda escuálida, un puente. Después, tu mano agarra la barra y te sientas, como si fueras un loro, solamente te faltan las plumas moteadas.

¿Quieres más tizas?

Uno de nosotros te pregunta.

¡Sí!

La campana estalla ruidosa, ¡a clase! Suena el silbato, los burros salvajes del pabellón de los burros salvajes, las cebras del pabellón de las cebras, los muflones del pabellón de los muflones..., todos se sobresaltan, se acercan corriendo y sacan sus hocicos por entre las barras de las jaulas, esperando que los encargados les den de comer. Nos dices: ¡traedme tizas!

Nos dice: piensas que todo el cuerpo está contaminado por el olor de la hierba, contaminado por la equívoca y cálida sonrisa que la arrebatadora y hermosa dueña de la tiendecilla te regala mientras sostiene un Dachongjiu, volviendo con rapidez al cuartucho para encender un cigarrillo y fumar. Inmediatamente tu alma se pone a temblar, como un pequeño apio al que le acaban de echar fertilizante de urea. Combas el cuerpo sobre la mesa de trabajo, corriges los exámenes..., pero no hay tabaco. Él balancea las largas piernas que le cuelgan de la barra, en la acerada comisura de la boca cuelga una risita sarcástica, nos muestra su mofa, como si estuviera burlándose en tu propia cara. A través de su narración sabemos que no tienes tabaco para fumar porque no tienes dinero, porque no tienes poder. El dinero y el poder están en manos de tu mujer, ella es la que controla el dinero en casa. Su nombre es Li Yuchan, maquilladora de primera categoría en la morgue: cualquier muerto que pase por sus manos quedará más hermoso incluso que en vida.

Zhang Chiqiu, ese pobre desgraciado, nos habla. Sentado frente a la mesa de trabajo, te rascas la cabeza con ansia, te ha venido el mono de fumar y no tienes dinero, miras absorto el cajón del medio, de los tres que hay en la mesa. Del cajón cuelga un candado, pero la llave está bien sujeta al cinturón de Li Yuchan. Su pelo desprende cada segundo ese olor especial de la morgue.

Te limpias el polvo de la boca y nos dices: el profesor de Física se levanta, el rostro blanquecino de la dueña de la tiendecilla pasa flotando como una nube por delante de sus ojos. Agita un instante el candado, mueve desesperado la cabeza, avanza un par de pasos, levanta una rota alfombra gris colgada sobre la pared y aparece de inmediato sobre esta un gran hueco, circular en la parte superior, cuadrado en la parte inferior. Dentro cuelga una lámpara de ocho vatios que irradia una mortecina luz verde. Dos cabezas calvas están inclinadas sobre una pequeña mesa cuadrada haciendo los deberes. Levantan al unísono sus desiguales cabezas, el rostro pálido, como dos pequeños fantasmas.

—¡Papá!

—¡Querido papá!

Ese hueco es también su dormitorio. Dentro se apilan trozos de espuma de todos los colores, son de la fábrica de sofás. Li Yuchan fue la maquilladora de la madre del director de la fábrica. Hay además en el hueco dos colchonetas y dos cubrecamas. En las paredes del arqueado hueco hay garabateados pájaros, fieras, gusanos, peces, chacales, lobos, tigres, aviones, cañones. Dentro de ese agujero el silencio es profundo. El sonido del fluorescente es como un fino hilo de plata que perfora el tímpano. Dices que son dos hijos estupendos, estudian al máximo, no hay de qué preocuparse, son el orgullo del profesor de Física. ¿Qué otra cosa puede enorgullecer más a un padre que tener un hijo sobresaliente? Nada. Dices que él les da un par de golpecitos en las cabezas desnudas, inundado de un sentimiento de felicidad.

—Daqiu, Xiaoqiu, ¿tenéis dinero?

Daqiu y Xiaoqiu se miran el uno al otro y responden resueltos, al unísono:

—¡No, no tenemos dinero!

—Papá os lo pide prestado, el próximo mes... papá va a escribir un artículo de divulgación científica y en cuanto me lo publiquen tendré mucho dinero, ¡os pagaré intereses altos!

—¡El mes pasado me pediste prestados tres *maos* y todavía no me los has devuelto!

—¡A mí me debes todavía cuatro *maos*!

—¡Papá necesita de verdad fumar! El dinero que vuestra madre me dio para gastar hace tiempo que se acabó... Venga, prestádmelo, que vuestro pobre padre pueda ir a comprar un paquete de tabaco...

A Xiaoqiu se le ablanda un poco el corazón, pero Daqiu responde con firmeza:

—¡No hay nada que hacer contigo! ¡Tu reputación está ya completamente destruida!

—¿Es que no somos padre e hijos?

—Tu padre es tu padre y el dinero es el dinero. Papá, vuelve a tu trabajo, no nos molestes mientras estudiamos. ¿Cómo podrías aceptar que no pasemos el examen de ingreso en una universidad famosa y tengamos que entrar en un triste instituto pedagógico que solo crea profesores pobres?

Sale del agujero riendo estúpidamente, la alfombra colgante cae con rapidez sobre la pared y Daqiu y Xiaoqiu desaparecen de repente.

En ese momento, Li Yuchan entra en la habitación.

Él nos dice: ya he dicho antes que soy un buen compañero de armas de Fang Fugui y de Zhang Chiqiu, respiramos en «la misma trinchera» el appestoso olor de los retretes. Cuando un curioso de entre nosotros le pregunta si antes fue profesor de Física de la Escuela Secundaria Número Ocho, la punta de la nariz se le pone roja como un ascua ardiendo y responde con voz aguda, entre avergonzado y furioso: ¡solo los bastardos pueden ser profesores de Física de la Escuela Secundaria Número Ocho, solamente los bastardos! Tuvimos que emplear un buen puñado de tizas para apaciguarlo y que nos siguiera contando la historia de Li Yuchan.

Li Yuchan es una mujer trabajadora y ahorradora que sabe cómo llevar una casa, con buena cabeza para las cuentas. Nada más entrar en la habitación frunce el entrecejo, huele por aquí y por allá, como si fuera un perro policía, y al final suelta un sonoro estornudo. En ese momento, las farolas de la calle se encienden al unísono, inundando la habitación de una luz amarillenta.

—¿Has cocinado?

—No —mueve la cabeza y comba el cuerpo—, tengo que aprovechar cada segundo de mi precioso tiempo para terminar de corregir los exámenes. He oído decir que pronto va a haber promoción y no quiero parecer negligente.

—¡Tonterías!

Li Yuchan le retuerce la oreja al profesor de Física y tira de ella con fuerza. El profesor de Física hace una mueca de dolor abriendo la boca. Nos dices que aunque a él le duelen estos castigos físicos, en su corazón se siente feliz, porque siempre que su oreja sufre, la esposa consigue un momento de felicidad. Por eso, él respeta a la dulce y afable Li Yuchan como a una serpiente, a un escorpión, a un lobo, a un gusano. No siente ningún temor cuando Li Yuchan le muestra sus dientes amenazante.

Él grita lastimeramente, como un insecto, mientras ella con la otra mano le retuerce la otra oreja, con fuerza, haciendo que la boca de él se abra de forma exagerada.

Sigue así hasta que un corte se abre en el lugar en que la oreja se une al cráneo. No afloja las manos hasta que un líquido anaranjado empieza a brotar de la raja.

El profesor de Física llora.

Ella le propina una patada, insultándole:

—¡Llorica, límpiate esas lágrimas, no tienes vergüenza! ¡Vaya un hombre!

Él dice:

—Si me retuerces las orejas, ¿cómo voy a ir mañana a clase?

—¡Ojalá no fueras nunca más a clase!

Li Yuchan habla mordiendo las palabras, se quita con violencia la bata blanca con las letras impresas «Mundo Hermoso», se deshace de la camiseta, se quita los pantalones y se queda en bragas, solo con un sujetador rojo fuerte, los pechos como dos carbones quemados. Los ojos entornados del profesor de Física no pueden dejar de mirarla.

—¿Qué miras? ¡Sinvergüenza! —dice Li Yuchan.

El profesor de Física murmura:

—Querida, ¿es que no te importa en absoluto haberme dejado las orejas en este estado?

—Si no me importa a mí, ¿a quién le va a importar? Dime, si no me importa a mí, ¿a quién le va a importar?

Li Yuchan sigue hablando mientras saca de la bata blanca un esparadrapo de color carne, transparente, de los que se usan especialmente en la morgue, y se lo pega con pericia en la oreja rota al profesor de Física, encajándolo a la perfección en el corte, como un pequeño lobezno que levanta las orejas alertado, mucho más guapo y más vigoroso que antes.

La maquilladora de primera categoría de la morgue evalúa satisfecha su propia obra.

Él observa que un fino vello dorado cubre por completo el cuerpo de ella, y que dos arrugas se marcan sobre su barriga, que empieza a acumular grasa. Su vientre es como una enorme frente.

La boca de él gorgotea, habla como un niño mal criado:

—Se ha quedado bien pegado, pero duele un poco...

—¡Eso es fácil de arreglar! —Ella se acerca despreocupada, el olor a morgue se cuele insolente por su nariz—. ¡Eso es muy fácil de arreglar!

Le agarra la nariz y se la retuerce con un gesto rápido. Las fosas nasales miran al cielo, un dolor punzante golpea su tímpano, granos blancos le brotan por toda la cara, unas lágrimas azules le caen por el rostro.

—¡Ay, ay, ay...!

—¿Aún te duele? —pregunta ella fríamente.

—¡Me duele...!

—¿Dónde te duele?

—En la nariz...

—¿Y las orejas?

—No me duelen...

—Esto es lo que se llama «transposición del dolor» —dice con total confianza, con el aire de un cirujano que ha rajado vivas a miles de personas—. El cuerpo humano siempre sufre algo de dolor, solo cuando mueres es cuando no hay dolor. Por ejemplo, si te duele la oreja, hay que retorcerte la nariz; si te duele la nariz, hay que sacarte los ojos; si te duelen los ojos, hay que amputarte los dedos del pie...

Bajo la blanda luz él contempla tembloroso el fino vello que cubre el cuerpo de su esposa y un sentimiento de profunda extrañeza lo asusta sobremanera. Se cubre con las manos la dolorida nariz, las lágrimas le nublan los ojos, la respiración es imperceptible. Espera a que ella se gire, dice que él observa que sobre sus bragas transparentes había pegadas dos tiras de esparadrapo negro, como dos ojos de una mujer hermosa, dos húmedos y llorosos ojos. Solo entonces soltó un suspiro. Ella vuelve de improviso la cabeza y lo deja otra vez medio muerto del susto.

La esposa agita ruidosamente el agua de la alberca mientras él aprovecha el tiempo para pensar: recuerdo que en aquellos años de juventud mi pelo negro era abundante e hirsuto, desordenado como el pelo de un perro. Vestía una camiseta con la inscripción «Universidad Pedagógica» y unos pantalones de deporte con el número 99, el pelo cortado casi al rape. Durante la época del enamoramiento

la barba afeitada parecía un campo de semillas de trigo. Canturreaba alguna canción de moda entonces: las espigas de trigo verdean, la colza amarillea. . . , y si me olvidaba de la letra la tarareaba, *la, la, la, la*. Corría todos los días, al amanecer, por la gran avenida. En primavera todas las flores se abren, en el parque el olor de las primeras lilas era tan intenso que me irritaba hasta el estornudo. De los chopos, en las calles, colgaban cientos, miles de florecillas en ramilletes borlados, de color café, que el aire mecía produciendo un sonido delicado. Algunos días después, las flores caían, cubriendo casi por completo la calle. De los arrabales de la ciudad llegaban flotando nubecillas de polen de sauce que se arremolinaban y formaban algodones, mezclándose con las flores de los chopos. Corriendo sobre las flores de chopo y los algodones de sauce sentía una profunda sensación de blandura, el aire impregnado del áspero olor de los chopos.

Dices que mientras él rememora viejos sueños en su cabeza, la maquilladora entra apresuradamente con una ristra de brillantes perlas colgando de su brazo, enrollándosele sobre el blando vello. Este tipo está muy seco, nos dices —vemos los extraños rasgos faciales del narrador—, ella le insulta furiosa:

—Vaya elemento que estás hecho; mirando así, furtivamente, con esos ojos brillantes, no le quitas la vista a mi cajón. ¿Te gustaría romper mi cerradura y robarme el dinero? ¿Ya te has gastado la calderilla que te di? Viejo bastardo, escucha bien lo que te digo, tienes que dejar de fumar, ¡te ordeno que dejes de fumar! Ganas una miseria de salario, ¿es que acaso te da para fumar? ¿El tabaco está pensado acaso para familias como la nuestra, que tienen que vivir de las tizas? Mira qué aspecto tan vergonzoso el tuyo: tinta roja, tinta azul, con esa cara de desgraciado, debía estar ciega entonces, cuando me quedé prendada de aquellas letras bordadas en tu chándal. . .

Sientes una enorme ternura. ¡Número 99! Te viene a la mente la primera vez que percibiste aquel olor a álamos fundido en el cálido aire de la primavera, las tripas removiéndose de pronto, el deseo de amor aflorando abruptamente a tu cabeza, los labios cosquilleando porque querías buscar a una muchacha para besarla. El olor picante de los álamos fue sin duda el catalizador que hizo madurar tu

amor... Se quebró su sentido de la belleza,. Él nos dice que tu mujer está gritando.

—¡Qué desgracia tan grande haberme casado contigo! —la maquilladora grita con voz clara y alta.

¡Cállate! Nos dices: él también grita, como si quisiera salvaguardar algún tipo de dignidad, dices que ha adivinado cómo su corazón y sus tripas gritan juntas sórdidamente. El grito irrumpe en la boca, convertido en un sonoro y desgraciado eructo, perceptible para cualquiera que sea humano. El profesor de Física insulta a su mujer:

—Eres una puta. —Eructa—. No te permito que ofendas a los profesores del pueblo. —Eructa—. Maldito demonio, siempre emperifollando y besuqueando muertos. —Eructo—. Eres una auténtica arpía. —Eructo.

Li Yuchan apunta al espinazo del profesor de Física y le propina un puñetazo. Dice dolorida:

—No eructes. Escucha bien, no te permito que vuelvas a eructar. Cualquiera que te oiga eructar va a pensar que tienes úlcera. Y si alguien cree que tienes úlcera, ¿cómo te van a promover a jefe de profesores?

Ella mete en la habitación una bolsa de plástico y la abre. Un olor agrio y repugnante sale de la bolsa, en la que se ven unas enormes tripas de cerdo todavía enredadas y retorciéndose.

Cuando come tripas de cerdo a la salsa de soja, o cuando come tripas de cerdo al vapor, ella siempre le muestra su amor. En cuclillas, sobre la barra, nos dices que él te lo dijo. Ella dice:

—Daqiu, Erqiu, vosotros solo podéis tomar la sopa, dejad que las tripas se las coma vuestro padre, sobre todo la parte final, o sea, el ano del cerdo. Esa parte es para vuestro padre. Vuestro padre está débil, sufre de prolapso anal y los intestinos de cerdo le ayudan a curarlo y le dan energía. Es un remedio que ha encontrado vuestra tía tercera. No siempre la medicina cura, a veces los remedios acaban antes con las enfermedades graves. En cuanto lo tomó empezó a mejorar. Puedes considerarte afortunado por encontrar a una esposa virtuosa e inteligente como yo, que se preocupa mucho por tu salud. Si no fuera porque te cuido tan bien, hace ya tiempo que habrías entrado

en nuestro Mundo Hermoso y habrías acabado como una nube negra en el cielo... No eructes más. Te voy a hacer un encargo, para que cambies un poco de aires. ¡Vete a lavar las tripas del cerdo!

—¿Quién eres tú para mandarme limpiar las tripas del cerdo? —murmura el profesor de Física—. ¿Es que acaso un digno profesor de Física está para lavarle las tripas al cerdo?

—¡Tonterías! —Li Yuchan lanza una patada que a punto está de alcanzar al profesor de Física en la espalda—. ¿Vas a hacerlo o no?

—Sí, ya lo lavo —dice él conteniendo su rabia. Saca una tripa de cerdo y sale corriendo, como un bombero con su manguera.

Mientras lava las tripas se olvida de eructar. Las resbaladizas tripas de cerdo se mueven en el recipiente de loza como anguilas en un estanque. Nos cuentas que, de improviso, él recuerda ese episodio en el que Zhu Bajie⁸ se transforma en un bague y se pone a hurgar entre las piernas de la bruja, y un golpe de risa te viene de improviso, provocando a Li Yuchan.

¡Echa un poco más de bicarbonato! ¡Estúpido! ¡Pedante! ¡Inútil! Repites las palabras de Li Yuchan.

Todas y cada una de las palabras de Li Yuchan son ciertas, pero no podemos creernos ninguna, dices. Él nos cuenta que recuerdas lo que dejaron dicho los antiguos: que el destino de los esposos está predeterminado⁹. Y verdaderamente tenían toda la razón, es más cierto que las leyes de la física. En aquel entonces, las flores eran como crisálidas caídas de los álamos blancos, temblaban de felicidad, como una mujer enamorada. El aroma que desprendían era el aroma del amor que perforaba mi corazón como una flecha afilada.

—¡Lávalas también por dentro! Si no las lavas por dentro, ¿te vas a comer la mierda del cerdo? ¡Échales un poco más de bicarbonato!

Con el bicarbonato, las tripas del cerdo se vuelven aún más escurridizas. ¡Entras corriendo! Un rayo dorado ilumina el rostro de felicidad de las masas. En los patios de las viviendas, a ambos lados de

8. Uno de los personajes principales de la novela clásica *Viaje a Occidente* [N.del T].

9. 千里姻缘一线牵 (*Qianli yanyuan yixian qian*). Literalmente: «Los predestinados a casarse están unidos por un hilo aunque se encuentren a mil *lis* de distancia» [N. del T].

la calle, los girasoles están abiertos. Todas las criaturas dependen del sol para subsistir. El tiempo es como una corriente de agua, y para navegar por el amplio océano es necesario un timonel. Todo el mundo sabe cantar esa canción, dices, hasta los mudos la cantan con el corazón. Las mañanas en las pequeñas ciudades son hermosas, son un recuerdo dulce y cálido, con un regusto un poco amargo. La lluvia y el rocío humedecen los campos de grano. Un altavoz agudo. El oriente es rojo, el Sol se alza; el alba es como una rosa empapada de rocío. Corre, corre, corre, una vez, otra vez, otra vez, como un rayo, como un rayo. La cerca del Parque del Pueblo, recién pintada, es como el radio de una rueda que gira en medio de mi movimiento. El tigre solitario ruge dentro de la jaula que parece girar pero no gira. El carrito con la leche suena *kachá, kachá*. El olor fuerte de la leche fresca y el olor a cabra del ternerillo recién despertado. La cara de ella es sonrosada, pasa como un rayo, pero una huella profunda y clara se instala temeraria en tu pecho: sobre su labio superior, mueca apenas imperceptible, un leve bigotito azulado y lustroso. Ese bigotito te sorprende sobremanera. Sientes que los dos lóbulos de tu hígado entrechocan entre sí como dos címbalos, *bang, bang*. Un estruendo, y el eco perdura en el aire, vibra en tu pecho. Has decidido que la mujer de rostro sonrojado, la del bigotito azulado sobre el labio superior, es la mujer más hermosa del mundo, más si cabe por llevar en el cuello un pañuelo de seda color verde manzana..., suave y brillante..., *sha, sha, sha...*

—¡Hay que cambiarle el agua!

Cri, cri... Cri, cri... Cri, cri, cri... El sol rojo ilumina mis ojos con sus rayos... Ahora lo entiendo, no, antes incluso de casarme ya comprendí que ninguna mujer con un bigotito azulado sobre el labio superior puede ser buena... La persigues a toda velocidad corriendo tras su veloz bicicleta, corres como un perro husmeando su olor..., serpenteas... Callejón de la Carpa número trece...

—*Cri, cri*—la suegra grita como una cigarra.

—Daqui, ve a ver qué quiere la abuela.

Sobre la puerta del número trece en el callejón de la Carpa hay dos broches dorados, turgentes como los pechos de una muchacha...

Madre te pide que vayas, ¿por qué quieres que vaya yo?... Vamos los dos. Una gran mano roja sostiene un gran cuchillo rojo que corta un pimiento seco rojo intenso, *pia, pia, pia, pia*. Un olor picante se esparce por el aire como un amor enloquecido. En aquel entonces la anciana era todavía joven... Quieres frotarte los ojos en los que el agujijón del amor ha provocado lágrimas y lo único que consigues es embadurnarte el rostro con la apestosa grasa de cerdo... La puerta del número trece en el callejón de la Carpa se abre hacia adentro. En aquel entonces ella no era joven, tenía la cintura estrecha y el torso erguido, un pelo acicalado y brillante como el morro de un avión y una pequeña flor ensartada en un lado de la cabellera. Tenía el aspecto de esas matronas que aparecen en las novelas regentando una posada de camino, quién se iba a imaginar que veinte años después se iba a quedar paralítica sobre una cama... Señora, yo, me gustaría beber un poco de agua... Yuchan, tráele a este camarada un vaso de té frío... ¿Eres profesor de la Escuela Secundaria Número Ocho?, ¿tienes veintiséis años?, ¿todavía no te has casado? *Pia, pia, pia*, seguía cortando el pimiento picante...

—¡Mamá, la abuela se lo ha hecho todo en la cama! —vitorean Daqiu y Xiaoqiu.

Os digo: durante unos instantes, la ausencia de ese sonido, *pia, pia, pia*, cortando el pimiento picante hace que el profesor de Física de la Escuela Secundaria Número Ocho se sienta solo al perder el recuerdo del amor. Las tripas del cerdo están grasosas y escurridizas, me siento un poco como un gamberro. Cuando cogí el té frío, no, era té caliente, todavía humeante, cuando ella te ofreció el té con ambas manos, las tuyas no podían dejar de temblar y una repentina angustia, como si te fueras a cagar, te hizo ponerte de puntillas. El té se te derramó en las manos. En aquellos momentos solo me preocupaba su bigotito azulado. Ella soltó un ¡ay! y una fría sensación de felicidad te atravesó todo el cuerpo, y temiste que pudieras cagarte en los pantalones... Profesor Zhang, tiene usted mal aspecto; entre rápido y tumbese un rato... Su almohada era enorme y blanda, y desprendía un olor sumamente extraño... En el futuro, ven los domingos y te prepararé *jiaozi* relleno de tres delicias: los preparo machacando

el ajo hasta formar una pasta, les pongo un poco de salsa de soja y un poco de vinagre, y les añado un poquito de aceite de sésamo... ¿En qué empresa trabajas? ¡En Mundo Hermoso!, contestó ella sonriendo, el bigotito sobre el labio superior brillaba como las hojas recién brotadas de una adelfa... Ella hizo un mohín con la boca y dijo: ¡mi madre se ha ido a visitar un rato a mi tía!... ¿Cómo no supe darme cuenta de que todo era una trampa?... Una insignia de color rojo intenso de las Juventudes Comunistas colgada sobre una tela a cuadros colocada sobre sus pezones... Déjame que pruebe el sabor del bigotito azulado... No, ¿no?... En realidad ella es reticente... ¿Qué tipo de empresa es Mundo Hermoso?... ¡Vaya!, un calor abrasador te quema el corazón... Aquellas dos manos que me han toqueteado a mí, han toqueteado también a un muerto... Cuando trabajamos usamos guantes... ¿Piensas abandonar a mi hija? Te denunciaré en la Escuela Secundaria Número Ocho... Dejas caer la cabeza, como si fueras un guerrero marioneta capturado vivo... En el periódico, todavía con olor a tinta, recién impreso, el universitario licenciado y la muchacha de la morgue: una pareja perfecta que va a unir gozosamente sus destinos, el nuevo hombre, el nuevo estilo, la nueva sociedad... ¡Me muero de ganas por depilarte el bigotito azulado! ¡Atrévete! ¡Perro ladrador poco mordedor! ¡Si me arrancas un pelo, te erijo una bandera! ¡Le levanto un monolito!

Cuando empiezan a comer tripas de cerdo con salsa de soja, y al vapor, los hijos del profesor de Física protestan enérgicamente a la madre:

- ¡Mamá, eres muy injusta! ¿Por qué él se come las tripas y nosotros solo tomamos la sopa?
- Vuestro padre sufre de prolapso anal.
- ¡Yo también tengo prolapso anal!
- ¡Yo tengo mucho más prolapso anal!
- Estúpidos, ¿es que acaso el prolapso anal se hereda?

Son las diez y media de la noche cuando la ruidosa ciudad de provincias empieza a serenarse. Se percibe con claridad el sonido de las máquinas en las obras de construcción lejanas. Me dices que nuestros Daqiu y Erqiu están ya en su cueva roncando. El profesor de Física está echado bajo la lámpara, corrigiendo afanosamente exámenes. No solo no va a conseguir su promoción sino que además va a tener que trabajar duro. Dices que él siente un picor intenso en el cogote, y cuando te giras para ver te das cuenta de que la maquilladora se ha quitado el sujetador. Nos dices pausadamente: ¡la maquilladora restriega sus pezones duros y erectos sobre el cuello del profesor de Física que trabaja encorvado sobre la mesa! Esta ternura sin precedentes le deja el cuerpo frío por completo y los ojos enloquecidos; las tripas de cerdo enteras le dan vueltas en el estómago. Insistes sobre todo en eso: la maquilladora tiene los pezones de color escarlata, excepcionales. Cuando hablas de los pezones nos damos cuenta de que tus ojos emiten dos rayos verdosos perfectamente visibles en la oscuridad de la jaula, como dos luciérnagas flotando en el aire. El olor fresco del yeso, expelido desde la oscura caverna de tu boca, provoca el llanto. Los operarios convierten el yeso en tiza con las manos, pero tú usas tu estómago y tus tripas para convertir la tiza en el yeso original. Dice:

—¡Ponte un poco seria, no te tomes esas libertades conmigo!

El rostro de la maquilladora enrojece de vergüenza. Dice enfadada:

—¿Para qué me casé contigo? ¡Estoy excitada!

Sigues contando la historia, indiferente.

En la cabeza del profesor de Física hay un tremendo sonido —creo que él debe tener esta falsa impresión—, extiende la mano para tapparle la boca, pero ella le da un bocado en la muñeca.

Después se acuestan juntos. Él aguantando la náusea de besarle la boca, ese olor tan especial de la morgue impregnando hasta lo más profundo de su conciencia. Sabe que es sensible a los nervios, la maquilladora se había lavado ante sus ojos con jabón del bueno, todo el cuerpo, arriba y abajo, sin olvidar ni un pelo, pero él sigue percibiendo ese olor denso tan difícil de explicar con palabras. Cada vez que llega este momento él se convierte en un desecho humano.

Las lágrimas en los ojos de la maquilladora le hacen sentirse responsable. La luz mortecina de la lámpara ilumina el cuerpo de ella, todavía lustroso y espléndido por el vello dorado que lo cubre, a pesar de haber entrado ya en la madurez. Él dice apesadumbrado:

—No es que no quiera, es que ese olor de tu cuerpo me aniquila...

La maquilladora salta como una carpa:

—Mi cuerpo no huele... No..., querido..., lo sé..., es que estás agotado por el trabajo... y además no estás bien alimentado... Dices que mi cuerpo huele, pero ¿no olía años atrás? Tienes miedo de perturbar tu revolucionario trabajo, ¿no es eso?

Nos haces ver.

Los pesados pechos de ella golpean sus costillas como un martillo neumático y hasta los músculos de su corazón reciben las sacudidas. Después siente que los pezones de ella le queman como colillas, y entonces comba la cintura con la intención de sentarse. Li Yuchan endereza su torso aplastándolo de nuevo. Bajo el peso de sus cuerpos la cama de bambú cruje, *tric, trac, tric, trac*. Dices que mientras él aguanta los envites de Li Yuchan ve asomarse repentinamente por el hueco de la pared dos cabezas redonditas. Él sigue luchando, esforzándose, y coloca a Li Yuchan boca arriba, ahora que ella estaba sacándole gusto. Ella se levanta del suelo

encolerizada y avergonzada, agarra una escoba con las dos manos, la levanta bien alta y apunta certeramente a la cabeza del profesor de Física. Pero su movimiento se queda petrificado en el aire, a medio camino, mirando aquellas dos cabezas asomadas por el hueco de la pared. Los dos se ríen mirándose el uno al otro y exclaman casi al unísono:

—Qué cómicos son estos dos.

Ella les lanza la escoba que sostenía en la mano y las dos cabezas desaparecen a la velocidad del rayo.

El aliento de la mujer es molesto. Ella parece estar haciendo un terrible esfuerzo, como si estuviera a punto de tomar una decisión trascendental, y después se abalanza como un tigre sobre el profesor de Física.

—¡Niños, dejadme un poquito en paz!

La carne floja de la mujer se apila sobre su cuerpo, y lo indigna, pero se contiene y aguanta el grito: aunque esté decididamente enfadado tiene que pedir clemencia de buenas maneras.

Li Yuchan se ha sentado, hace una mueca con la boca y con una mano acaricia apenada el enjuto torso de Zhang Chiqui.

—El profesor Fang está tan delgado como tú —dice ella.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta él alertado.

—Porque él está tumbado sobre mi mesa de maquillaje...

Dices que ella habla apenada:

—¡Una buena persona!

En un lugar muy lejano hay una aldea, un gallo canta a deshora.

—¡Ese gallo enfermo, se ha vuelto loco!

Tumbada sobre la cama, no sabe qué tono de voz usar.

Zhang Chiqui respira sin dificultad y da golpecitos sobre el vientre de su mujer. Dice:

—Duerme, yo tengo que terminar de corregir exámenes.

Li Yuchan se vuelve sobre el lecho. Dices que él se sienta de un brinco.

Cuando el gallo vuelve a cantar de nuevo la noche es ya un profundo silencio. Se pueden escuchar claramente al otro lado de la pared los sollozos ahogados de la viuda del profesor Fang.

Li Yuchan se sienta en el borde de la cama, las piernas colgando, con la punta de los pies rozando el suelo.

Bostezando, él le da atemorizado unos golpecitos en el hombro, diciendo:

—Duerme, mujer.

—¡Una mierda! —dice ella rugiendo, y se queda inmóvil y en silencio.

Después de quedarse profundamente dormida, la boca de la mujer desprende un olor cálido a hierba fresca, como el de la boca de una vaca o de una oveja, mezclado con el olor de la morgue. No es que sea del todo insoportable, pero apenas se puede aguantar. Ese vaho, en el límite entre lo soportable y lo insoportable, sale de la boca de Li Yuchan como un chorro que va a parar a la cara del profesor de Física.

—He tenido un sueño... He soñado con el profesor Fang... De su boca cuelga un hilo de saliva, pegajoso y grueso, el bigotito azulado sobre el labio superior es adorable. Él se levantaba de mi mesa de maquillaje, no tenía ni un solo pelo en todo el cuerpo, parecía un gallo desplumado... y me decía: «Cuñada Zhang, no quiero morir-me, me preocupan mis hijos... Mi corazón todavía late...».

Li Yuchan se echa a llorar cuando lo cuenta, llora con muchísima pena, tanto que Zhang Chiqui se siente un poco celoso:

—No es tu marido el que se ha muerto, ¿por qué tienes que llorar?

—Si mi marido se muriera, no lloraría. —Lo dice con los ojos mirándote fijamente—. ¡Ni una sola lágrima derramaré!

—¿Por qué no derramarás ni una sola lágrima? —pregunta él sorprendido.

—¿Por qué no derramaré ni una sola lágrima? —repite ella, también sorprendida.

A continuación se abre un silencio como el de la muerte, un insecto verde transparente, ingrávido, revolotea entre ellos dos, entrelazando los pensamientos de uno y otro, ahondando su hostilidad, construyendo la relación él-ella y tú-tú con nosotros. Una mujer puede volverse loca si un hombre no satisface sus deseos sexuales. Descubro asombrado que el corazón del profesor de Física produce

un ruido enorme como si fuera de cobre. Naturalmente, dice él, para vosotros esto no es ningún «descubrimiento asombroso». Vosotros, estos jóvenes, nacéis por el amor pero morís por el sexo.

En ese momento suena el timbre de la puerta. Hablas aparentemente tranquilo, pero tus diez dedos se agarran con fuerza a la barra igual que las garras de un búho. Desde el mismo momento en que Fang Fugui murió sobre la tarima, tuve un deseo irrefrenable de comer tiza. El olor de la tiza me seduce y me obsesiona. Todos dicen que me he vuelto loco: que digan lo que quieran, yo quiero comer tiza. Es lo único que me queda. Tus ojos llenos de lágrimas nos delatan tus sentimientos, y nos hacen recordar nuestro aprecio por la tiza, tan largamente olvidado: cuando alzamos un ramillete de tizas de colores, ya hemos secretado una gran cantidad de babas, y el estómago retumba con un sonido sordo. El problema, ahora, son estas tizas: ¿te las damos para que te las comas o nos las quedamos para comérmolas nosotros?